

DIARIO LITERARIO-MERCANTIL.

SABADO 2 DE ABRIL DE 1825.

Continúa el artículo inserto en el número de ayer.

Es necesaria para el trato social cierta identidad de sensaciones, de ideas, de modales, de afectos; y todas estas calidades son muy diferentes en el hombre que no ha recibido instruccion, y en el que ha sido bien educado. Serán muy raros los ejemplos de amistad íntima en personas que se diferencian entre sí hasta en el tono de la voz y la manera de pronunciar. No se atribuya, pues, á un menosprecio, que seria injusto, la separacion de las clases opulenta y trabajadora, sino á la necesidad que tienen todos los hombres de encontrar en aquellos con quienes tratan familiarmente aquella simpatía, que es el alma de la sociedad, y que en vano se buscaría entre personas cuyas sensaciones son tan diferentes. Si fuese el motivo de esta incomunicacion el desprecio con que se miraban los artesanos en Roma y en los siglos medios, no se observaria un fenómeno bastante comun, á saber, el aprecio con que la sociedad distingue al hijo de una familia trabajadora, cuando por sus talentos é instruccion se halla en estado de alternar con la clase acomodada.

Hemos dicho que el descubrimiento de las Indias dió un impulso extraordinario al comercio y á las artes; pero el afecto mas notable que produjo fue la direccion que tomó entonces el estudio de las ciencias naturales. El gran número de objetos nuevos que presentaron el nuevo mundo y las regiones orientales del Asia á la admiracion y al examen de los europeos, apartó los ánimos del estudio de las abstracciones, y de la manía de fundar sistemas; y se conoció que la verdadera ciencia fisica consistia en la clasificacion y comparacion de los hechos, y por consiguiente que la experiencia y observacion eran los únicos medios de estudiar la naturaleza. Establecido ya este principio debió abrirse la comunicacion hasta entonces cerrada entre el artesano que maneja los cuerpos y el fisico que los estudia. Al principio creerian quizá los sabios que de esta comunicacion no debia resultar mas ventaja que satisfacer la noble é insaciable curiosidad con que el hombre de genio contempla la naturaleza. Pero no tardaron en conocer que sus trabajos podian ser muy útiles á las artes, y que si ellas presentaban á sus ojos algunos fenómenos, podian premiarles este servicio con el descubrimiento de nuevas leyes y propiedades de los cuerpos que simplificasen las antiguas operaciones, y convirtiesen la rutina de tantos siglos en un sistema ilustrado de prácticas, dispuesto siempre á admitir las mejoras que la experiencia y el raciocinio hiciesen conocer. De este modo, aunque muy pausadamente, han llegado las artes al estado en que hoy se hallan; estado que puede llamarse de perfeccion si se compara con el que tenían antes de Cristóbal Colon.

Deben esperarse nuevos descubrimientos, nuevas máquinas, y aun nuevas artes, que presenten nuevos objetos de comodidad para el uso de los hombres: porque los progresos de los diferentes ramos de las ciencias físicas son rápidos; y en el estado actual de la industria, el sabio es el primer móvil de las operaciones del artesano: situacion feliz y ventajosa para la humanidad, porque está de que se aumenten progresivamente las comodidades del rico, y los medios de subsistencia del pobre. Compárese sino el

mezquino y pobre lujo de los castillos fortificados de Italia en la época de los Güelfos y Gibelinos con las hermosas casas de campo, los vistosos jardines, y las cómodas y bien amuebladas casas que hermosean hoy las orillas del Pó, del Arno y del Selbeto. Se puede decir sin exageracion que un mediano propietario goza ahora de mas comodidades que un magnate en el siglo XIII.

Uno de los efectos mas importantes de la union entre las artes y las ciencias ha sido la abolicion del antiguo desprecio con que se miraba á las primeras. Los sabios les han dado, por decirlo así, papeles de nobleza; y han comunicado la dignidad de su profesion á las operaciones artísticas. Todos han ganado en esta feliz combinacion: el artesano está mejor porque es bien pagado, y no sufre los insultos con que en otro tiempo se le denostaba; y el hombre acomodado recibe los artefactos mejor trabajados, porque estando las artes en aprecio, el artesano aspira á no desmerecerle, y la estimacion del que emplea sus manos ó su industria es una parte de su salario.

De los tres grandes ramos en que se divide la industria, á saber, la agricultura, el comercio y las artes fabriles, los dos últimos son los que han hecho adelantos mas prodigiosos en los dos últimos siglos; pues aunque no se puede negar que la agricultura ha adelantado bastante, tambien es cierto que en la parte relativa á la produccion de cereales y caldos, y á la ganadería, muy poco es lo que los modernos han adelantado sobre los antiguos. La razon es obvia: siendo estos objetos de primera necesidad, no han podido olvidarse en ningun siglo, ya sabio, ya ignorante, aquellas prácticas, en las cuales está fundada la subsistencia del género humano. Según todas las apariencias la cuna de la agricultura, por lo menos de la agricultura europea, fue el Egipto, de donde consta que pasó á Fenicia y Grecia, y sucesivamente á Italia, Africa, y al occidente de Europa.

Pero el comercio y todas sus artes auxiliares, como la navegacion, la construccion de buques, la formacion de caminos, la abertura de canales &c., han adelantado extraordinariamente. El que quiera conocer lo que es ingenio del hombre, auxiliado por la necesidad, compare el barco de vapor, que atraviesa en dos meses el inmenso mar, tendido desde el occidente europeo hasta la desembocadura del Ganges, con el tronco excavado que sirvió de canoa al primer navegante.

De la influencia de las máquinas en la produccion.

Desde que Adan Smith publicó su excelente obra acerca de la riqueza de las naciones hasta la paz de 1815, se habia creído que la ciencia económica se reducía á la investigacion de los medios mas propios para hacer la cantidad producida la mayor posible con el menor gasto posible, y que la verdadera medida del aumento ó disminucion de la riqueza total era el exceso ó defecto de la cantidad producida con respecto á la gastada. De estos principios se deducia naturalmente, que siendo el trabajo el medio primitivo de adquirir todas las cosas necesarias á la vida, y casi el único que tiene á su disposicion para conseguirlas la clase mas numerosa de la sociedad, todo arbitrio que disminuyese

la cantidad de trabajo necesaria para la producción aumentaría los medios de adquirir los productos. Si se supone, por ejemplo, que se reduce á su décima parte la cantidad de trabajo necesaria para construir sombreros, mediante la invención de algunas nuevas máquinas, el que antes empleaba el trabajo de un día para comprar un sombrero, podría comprar después con el mismo diez sombreros, ó lo que es lo mismo, un sombrero que necesita, y la cantidad de otros objetos necesarios ó cómodos, equivalente al valor actual de nueve sombreros.

Esta teoría se miraba como indudable hasta 1815: desde entonces algunos sabios de mucha nota han tratado de apoyar proposiciones contrarias: han dicho, por ejemplo, que en la actualidad se produce mucho, y se consume poco: que se debe estimular el consumo y no la producción; en fin, que lo que se debe desear es el aumento de los pedidos, y no de los productos, que encuentran difícilmente mercados en que despacharse: algunos economistas ingleses han mirado este hecho como una prueba invencible de que el ahorro del trabajo por medio de las máquinas puede ser demasiado, y que el aumento de riquezas, que este ahorro causa, puede causar la hambre de Tántalo, que perecía de inanición en medio de los manjares mas exquisitos.

Esta prueba, tomada de la experiencia, sobre la cual insisten mucho Sismondi y Malthus, fautores de esta opinión, ha sido victoriosamente rebatida por otros economistas, á cuya frente está Say, los cuales han demostrado que la acumulación de productos en Inglaterra en la época de que hablamos no ha tenido otra causa sino la cesación del comercio exclusivo, que desde el año 1790 hasta el de 1814 han tenido en todo el mundo con muy pocas excepciones de épocas y lugares; pues es claro que en muchos ramos en que la Inglaterra comerciaba sola, tiene desde la paz por concurrentes á las demás naciones industriosas de Europa. Esta causa, aun sin el aumento del valor en los efectos públicos, bastaría por sí sola para causar la dificultad que han experimentado en su despacho los productos de las fábricas inglesas.

Dos son los inconvenientes principales que encuentran los fautores de la nueva opinión en el aumento de la producción debido á las máquinas: uno la acumulación de los productos; otro la falta de trabajo en que emplearse que experimentarían los jornaleros; cuyos brazos, introducido el uso de las máquinas, no son ya necesarios. Antes de pasar adelante deberemos observar, que si estos son inconvenientes, la facilidad y aumento de producción, que causan las máquinas, es exactamente igual al que causarían ó un aumento extraordinario en la fertilidad de la tierra, ó un aumento en la industria y agilidad de los que trabajan. Supongamos que en virtud de una causa física ó astronómica, ó por un beneficio particular de la Providencia, los campos de una provincia se hiciesen diez veces mas fértiles de los que son, es decir, que con el mismo trabajo que ahora se emplea en ellos, produjesen décupla cantidad de frutos: hé aquí una máquina (porque en efecto, ¿qué otra cosa es la tierra sino un instrumento de producción?) la cual aumenta al décuplo sus productos. Supongamos que por un beneficio igual las mugeres, empleadas en la costura, aumentan diez veces la agilidad de sus dedos (que son verdaderas máquinas, formadas con sumo artificio por la naturaleza), y construyesen al día una cantidad de vestidos y ropa blanca, diez veces mayor de la que hacen ahora, ¿debería el género humano quejarse de este aumento de fertilidad en la tierra, ó de agilidad é inteligencia en los que trabajan? El sentido comun de los hombres responde que no; y esta respuesta es ya una preocupacion muy fuerte contra la opinion de Malthus.

Pero si queremos aplicarla debidamente, veamos los resultados que produciría el aumento décuplo de los productos con el mismo trabajo; y supongamos que este aumento es universal y comun á todo género de industria:

es evidente que se aumentarán al décuplo todos los objetos que satisfacen nuestras necesidades, ó nos proporcionan comodidad. Así el que antes construía un sombrero, construye ahora diez: el que antes producía una cántara de vino, produce ahora diez; y si antes con el valor de un sombrero compraba un cántaro de vino, ahora con el valor de diez sombreros comprará diez cántaros como antes; pero podrá tener en su bodega diez veces mas vino que antes, así como el cosechero de vino podrá gastar diez veces mas sombreros que antes para su uso y el de su familia. Se infiere, pues, que en nuestra hipótesis la abundancia de todas las cosas necesarias y cómodas sería universal.

Pero se dirá, ¿y si el cosechero no necesita de diez sombreros, ni el sombrerero de diez cántaros de vino? ¿y si la acumulación de productos es tal, que es necesario para salir de ellos darlos en el mercado aun mas bajo de la décima parte de lo que valían antes? A esta objecion se debe responder en primer lugar, que cuando el trabajo se facilita, el trabajador descansa; y uno de los principales beneficios de las máquinas es impedir el trabajo inmoderado que abrevia la vida del hombre, y roba antes de tiempo á su numerosa familia un artesano honrado. Así que la producción sigue una proporción mas baja que la facilidad introducida por medio de las máquinas.

Pero supongamos que efectivamente se produzca todo cuanto se puede producir, esto es, diez veces mayor cantidad que antes en todos los ramos. El sombrerero, que antes compraba un cántaro de vino, comprará ahora tres aunque puede comprar diez, y el precio de los otros siete, lo empleará en comer y vestir mejor que antes, en tener mejores muebles, en dar mejor educación á sus hijos &c.: pues se supone que aumentada en igual proporción la cantidad de todos los productos, su precio respectivo no varía, aunque todos son mas ricos, es decir, son poseedores de mayor número de cosas útiles.

Alteremos la hipótesis, y supongamos que alguna parte de los que trabajan prefiere la inacción á la producción de modo que el cosechero, por ejemplo, no tiene vino que vender al fabricante de sombreros. Es claro que en este supuesto habría acumulación de tantos sombreros, como compraría el cosechero si tuviera vino que dar en pago de ellos; pero esta acumulación no habrá procedido del aumento de la producción en el uno, sino antes bien de la falta de producción en el otro. Si todos hubieran aumentado en una razón igual la cantidad de sus productos, la acumulación no se verificaría. Malthus se queja de cierto desgano de consumir que nota en algunos mercaderes; pero consumir es satisfacer necesidades, ya indispensables, ya facticias: y el hombre que no las satisface, no es por desgano, sino porque no tiene productos con que pagar los objetos de aquellas necesidades.

¿Qué hará, pues, en este caso el que se encuentra con productos acumulados de que no puede salir? El remedio es fácil, y la acumulación no puede durar mucho. Cuando trabajó aquellos productos no fue con el objeto de adquirir otros que le eran necesarios? Pues ¿quién le quita emplear todo su capital ó una parte de él en la adquisición de estos productos necesarios, y limitar la cantidad de los productos acumulados? Se ve, pues, que aumentándose la virtud productiva del trabajo, la masa total de la sociedad gana; y si tal vez se verifica alguna acumulación por un cálculo errado de los fabricantes, el interés individual la destruye fácilmente, y reduce los precios y las cantidades de los productos á su justo nivel.

Pero supongamos que los géneros de un país industrial, y en el cual la introducción de las máquinas ha disminuido el coste de producción, no encuentren salida en los mercados extranjeros. Pueden ser varias las causas de la acumulación que entonces se verificará: ó la falta de productos en el país donde se envían, ó el precio de dichos géneros demasiado alto para aquel país, ó los dere-

chos excesivos de exportacion é importacion, ó las prohibiciones. En cualquiera de estos casos la dificultad de vender será mayor, mientras mayor sea el precio de los géneros, y se hallará mayor facilidad para salir de ellos, mientras mas baratos se puedan dar. Luego la simplificación del trabajo por medio de las máquinas, lejos de ser causa de la acumulacion, es el medio mas poderoso para desvanecerla, disminuyendo el precio de los productos.

Reduzcamos ahora la hipótesis primitiva al caso mas comun, y es el de ciertos géneros de produccion, que se simplifica por medio de las máquinas, cuando los demas permanecen en el mismo estado, y veamos cuál debe ser el resultado de este aumento de productos de ciertas clases, cuando las demas producen la misma cantidad que antes. Es claro que cuando las fábricas que han aumentado su produccion lleguen á tener la cantidad necesaria de productos con que abastecer sus mercados pondrán término á su trabajo, y los capitales sobrantes se destinarán á otras clases de industria. El interes de los fabricantes hará desaparecer las acumulaciones parciales que se verifiquen.

Pero, y si en los paises extranjeros no se produce lo bastante para dar en pago los productos de que necesita el que comercia con él, ¿de qué servirá entonces ser mas barata la produccion? ¿De qué? de lograr mayor número de compradores: de que se pierda menos, si un yerro de cálculo ha hecho que el empresario fabrique mayor cantidad de la que podia despachar; y en fin, de tener mayor capital disponible para producir los géneros de que necesita, si no los puede obtener del extranjero en pago de su industria; porque mientras menor capital emplee en su fábrica, mayor capital le quedará para subvenir á otras necesidades. La gran ventaja del comercio extranjero consiste en que cada pueblo vende á los demas aquel género que por la naturaleza de su clima y de su industria puede producir mas perfecto y á menos costo; mas esto no quiere decir que cada pueblo se reduzca á la produccion de un solo género; la industria y el comercio, siempre dirigidos á proporcionar á todas las naciones los productos de que necesitan, aplicarán los capitales segun las circunstancias, y siempre con ventaja. Pero en cualquier hipótesis siempre será cierto que mientras menos capital se emplee en la produccion favorita de cada pais, mayor capital quedará para satisfacer las demas necesidades: luego siempre es útil la simplificación del trabajo por medio de las máquinas, porque ahorra capital.

Vengamos ya al segundo inconveniente, que es el de los brazos que quedan ociosos por la introduccion de las máquinas, y que no encontrando empleo dejan de mantener un gran número de jornaleros.

En primer lugar respondemos que la experiencia prueba lo contrario. La invencion de la imprenta ha hecho que se empleen en el dia en la confeccion de libros mucho mayor número de brazos. Mientras mas se simplifica el trabajo, mas barato es el producto, mayor número de personas pueden comprarlos, mayor es la demanda, mayor la circulacion, y mayor es el número de brazos que se emplean en la produccion. Estas ideas son correlativas, y estan las unas incluidas en las otras. La misma clase trabajadora, por cuyo interes se afecta cierto horror á las máquinas, es la primera que gana en ellas, pues puede comprar el producto, lo que antes no podia; y si podia, lo podrá ahora comprar mas barato; y se debe observar que siendo numerosísima la clase pobre, aunque el pedido de cada individuo sea limitado, el pedido total es inmenso: de modo que si la simplificación del trabajo llega á poner un producto al alcance de la clase trabajadora, se logran dos ventajas incalculables: la primera es la de aumentar los gozes de esta parte interesante de la sociedad: la segunda aumentar el pedido de aquel producto en una proporcion desmesurada. *Todo el que puede comprar un objeto de comodidad, no se queda sin él*, decia Jonás Child.

En segundo lugar, aunque supongamos que la intro-

duccion de las máquinas disminuyendo el precio del producto no aumente la demanda, siempre será cierto que los consumidores ahorran una parte del dinero que antes gastaban en comprar aquel producto. Si su precio se ha reducido á la décima parte de lo que era antes, al consumidor le quedarán libres nueve décimos del dinero que acostumbraba emplear en el mismo objeto; y como ni su capital ni sus rentas se han disminuido, es natural que trate de gastar los nueve décimos restantes en otros objetos de necesidad ó de comodidad. Hemos dicho que es natural, porque el hombre jamas cree bastante bien satisfechas sus necesidades, jamas cree que goza de todas las comodidades que necesita.

Nec Croesi fortuna umquam, nec persica regna sufficient animo.

Gastará pues productiva ó improductivamente aquellos nueve décimos que le sobraron; y de cualquiera manera que sea, irán á buscar, ya en un ramo de industria, ya en otro, los brazos de los trabajadores. Luego la simplificación del trabajo, aunque no aumente el pedido del producto abaratado, aumenta por lo menos el pedido de los demas productos, y por consiguiente se emplea el mismo capital en pagar el trabajo de los jornaleros.

A este razonamiento opone Sismondi la reflexion siguiente: «Cuando las máquinas simplifican el trabajo, la baja del precio en el producto nunca equivale á los jornales de los trabajadores que quedan sin empleo: y por consiguiente los compradores no pueden emplear en la adquisicion de estos productos la suma necesaria para ocupar los brazos que quedaron ociosos.»

Es verdad, y asi debe ser, y esa objecion se convierte en una prueba invencible de la doctrina que sostenemos. El fabricante tiene que sustituir máquinas á los brazos; en estas máquinas emplea cierto capital, y á este capital es debida una renta, la cual, debiendo salir de la renta del producto, impide que su precio haje una cantidad igual á la suma de los jornales ahorrados. Pero ¿quién construye estas máquinas? ¿quién consume el capital empleado en ellas? ¿no son los jornaleros que las han construido, y los que han proporcionado todos los materiales de que se componen? Pero *las máquinas duran mucho*. Mientras mas duren, estará mas seguro el fabricante de redimir el capital que le han costado, y podrá bajar mas pronto el precio del producto que fabrica en ellas, en cuyo caso cesa la objecion de Sismondi: no hay remedio: tal es la inevitable conexion de las cosas. Los brazos que por el pronto queden ociosos, tienen que emplearse en la confeccion de las máquinas, y en la produccion de otros géneros, cuyo pedido se aumenta por la baja de aquel que se construye en las máquinas; y como esta baja es siempre igual al ahorro de brazos, menos el capital invertido en las máquinas, se infiere que la construccion de estas, y el pedido mayor de otros géneros ocasionado por la baja, restituyen á los brazos de los trabajadores todo el empleo que se les habia quitado momentáneamente; y toda la incomodidad que tienen que sufrir es la variacion de trabajo, la cual en los hombres aplicados y laboriosos no es un gran mal; porque los varios ramos subordinados de los grandes talleres de industria tienen tantas operaciones comunes á todos, que el jornalero bastante inteligente en el uno, no tardará mucho en instruirse completamente en el otro.

AGRICULTURA.

Semejanzas y diferencias de la agricultura con las demas artes.

Los productos de la agricultura se obtienen por el mismo sistema económico que los de las artes fabriles. La experiencia y la observacion hacen conocer al sabio las

propiedades de la tierra, del aire, del calórico, de la luz y de los demás agentes naturales, así como las de las plantas, sus diferencias, las diversas épocas de su existencia, y la utilidad que puede sacarse de cada especie para el alimento, salud, y otros muchos usos de la vida humana. El agricultor, que es el empresario en este arte, hace una aplicación de los principios científicos á cierto terreno y á determinadas plantas; y bajo sus órdenes el trabajador ejecuta las operaciones necesarias para la producción de las plantas que se desean. Tal vez en un campo de corta extensión el agricultor y el trabajador se confunden en la persona del propietario ó colono. En los tiempos primitivos el sabio era el mismo cultivador, á quien la experiencia, y muchos errores que eran castigados al momento que cometidos, habían enseñado primero la práctica del cultivo, y después la teórica; y aun en el día muchos labradores no reconocen mas métodos que los que le han sido transmitidos por sus abuelos, aunque no por eso dejan de leer los mas acomodados los libros y periódicos que tratan de agricultura, porque esperan, y con razón, encontrar en ellos algunas luces que rectifiquen ya el sistema económico y algunas prácticas de su profesión.

Se ve, pues, que en este arte como en todos los demás el sabio, el empresario y el trabajador concurren para la confección del producto. Las demás afecciones económicas se combinan en él como en las demás artes. Es necesario un capital, que haya resultado de ahorros anteriores para hacer anticipadamente los gastos precisos hasta la venta del producto: es necesaria la acción del comerciante que acerque el producto al consumidor. A veces el mismo agricultor es el capitalista y el comerciante. Como la máquina mas esencial para la producción de las plantas es el terreno, la parte mas crecida del capital anticipado es la misma tierra ó fondo. La acción del capital es la misma que en todas las profesiones; el producto debe pagar el interés debido al trabajador. Los productos siguen todas las leyes económicas, y su precio sigue la razón directa del pedido, y la inversa de la circulación. Parece, pues, que no debía establecerse ninguna diferencia entre la agricultura y las demás artes; en efecto, no la hay en cuanto á la manera de producir. Pero la naturaleza de los productos agrícolas, la máquina particular de que se vale la agricultura, y las sensaciones morales, que naturalmente se excitan en los que la profesan, causan diferencias muy notables, que obligan á considerarla bajo un punto de vista particular.

En cuanto á la naturaleza de los productos, siendo estos los objetos mas interesantes para el hombre, pues son las sustancias que sirven de alimento á él y á los animales, que le son mas necesarios, se infiere que la abundancia ó carestía ha de influir notablemente en su infelicidad ó su infortunio. En vano se le dirá que el comercio podrá hacer venir la cantidad de alimentos necesarios en cambio de otros productos. La prevision de los males futuros le atormenta cuando no está unida á la certidumbre de remediarlos: transigimos fácilmente con la falta de ciertas comodidades, con la del alimento jamas, y no estamos contentos con tenerlo: queremos tener tambien la seguridad de que no nos faltará, y esta seguridad ha de ser fundada, continua, invencible, y si no somos muy infelices. Tal es la vehemencia con que el instinto de la propia conservación nos hace aprender todo lo que tiene relación con las subsistencias; de aquí proceden las carestías ficticias, á veces mas crueles y de efectos mas funestos que las verdaderas carestías; de aquí procede que los mismos medios que el hombre emplea para remediar el mal sean peores que el mismo mal, porque anuncian el temor que en una materia tan importante es el peor de todos los consejeros.

Los escritores mas distinguidos por su amor á la humanidad han indicado varios medios para extirpar, ó si no es posible, disminuir los funestos efectos de la carestía de los cereales, que es la que principalmente atormenta á los

hombres, porque estas plantas forman la base de su alimento. De todos los recursos el mas seguro, y al mismo tiempo el mas conocido, es la introducción del uso de otros farináceos que puedan suplir la falta del trigo en los años escasos. Variando de esta manera los alimentos destinados á empapar los jugos animales, se halla disminuida en parte la ansiedad por la subsistencia; y la patata, esa planta preciosa, abundante, indígena de todos los países y climas, y que rara vez engaña las esperanzas del que la siembra, es ya una parte tan esencial del alimento de muchos pueblos, que justifica la hermosa expresión de *Zimmerman*: *Queriendo la Providencia mostrar que no queria que el género humano pereciese de hambre creó la patata*. Casi en nuestros dias hemos visto extenderse su cultivo, y acreditarse su uso en España, con notable utilidad de la clase trabajadora, y no sin gusto de la clase acomodada; pues se puede decir á este excelente farináceo lo que del huevo, que es *el recurso de las mesas pobres, y el ornamento de las ricas*.

Hemos dicho que el uso variado de diferentes sustancias farináceas disminuye en parte la solicitud y el temor de la carestía: mas no lo destruye enteramente. En primer lugar, siendo el trigo entre todos los farináceos el mas alimenticio, el mas sano, mas regalado al paladar, sucede que los pueblos no renuncian á él sino con mucha dificultad, y á mas no poder, en los años de carestía. Esta tenacidad, esta afición exclusiva del pan va creciendo en Europa desde el norte al mediodía, y sin duda es mas fuerte donde las carnes dejan de ser la parte principal del alimento. Parece pues que no debe atribuirse todo á la fuerza del hábito, sino en gran parte á las diferencias que establece el clima en el temperamento físico. En segundo lugar, cuando hay carestía de trigo verdadero ó ficticio, la hay tambien, aunque no en el mismo grado de los demás farineros, porque su precio sube en razón de haber subido el pan, que siendo el alimento general de todos los trabajadores, hace mas cara la subsistencia de estos, y por consiguiente hace mayores los costos de producción de los demás frutos. Así que, mientras el pan sea la base comun del alimento (y no puede dejar de serlo, á lo menos en los países meridionales), la escasez de trigo ha de subir el precio de los demás farináceos; los cuales por otra parte han de experimentar hasta cierto punto la mala influencia de los agentes naturales que haya ocasionado la carestía del trigo.

Infírese de todo lo dicho que la agricultura es de todas las artes la mas necesaria para el hombre. En vano se nos opondrá el ejemplo de la Holanda, que no teniendo mas arte que su comercio gana con él todos los objetos necesarios para el alimento, la comodidad y el lujo. Este ejemplo no prueba otra cosa sino que el ingenio del hombre encuentra medios de subsistir entre los diques arenosos del Rhin, como le encontró en las faldas estériles del Líbano. La naturaleza de cada país indica á sus habitantes cuál es el género de industria que deben adoptar. Mientras la Holanda no tuvo comercio, y se vió reducida á los mezquinos recursos de su pobrísima agricultura y de la pesca del arenque, su población fue corta, es decir, proporcionada á sus medios de subsistencia. Cuando el comercio nació en Europa, fue uno de los primeros países que se emplearon en él, porque le era mas necesario que á otros, y la mayor parte de la inmensa población á que ha llegado vive del comercio. Pero ¿nos atreveríamos á persuadir que se hagan dependientes de los vientos y las olas en una materia tan importante como es el alimento á pueblos mediterráneos que jamas han visto la mar, y que se hallan situados bajo un cielo benigno, y rodeados de todas las riquezas de la vegetación? Y aunque tuviésemos la sandez de intentarlo, ¿conseguiríamos mas fruto que el de ser silvados? No nos engañemos: en materia de alimentos *la seguridad es riqueza*, y cada pueblo los busca donde está seguro de hallarlos con mas certidumbre.

(Se continuará).

Continúa abierta la suscripción á este Diario en su oficina, y en las librerías de Cuesta y de Orea.

Con Real licencia, en la imprenta de los Diarios.